

MANUEL G. REVILLA

Nació en México, D. F., el 7 de enero de 1863, y ahí murió el 16 de julio de 1924.

Abogado, diplomático, historiador, catedrático, orador. Consagróse a la historia de las artes mexicanas y es después de Couto quien se ha ocupado con más detalle de presentar su desarrollo. Ejerció el periodismo en *El Mosaico Mexicano*, *El Liceo*, *El Museo Mexicano*.

Publicó varias obras: *El Arte en México, en la Antigüedad y durante el Gobierno Virreinal* (1893 y 1923); *Cánovas y las letras*; *Las Obras Literarias de Don Joaquín Baranda*; *Biografías de Artistas* (1908); *El Paisajista Don José Ma. Velasco* (1911); *Las Urracas Académicas y el bulbul modernista o los Deslices gramaticales de Francisco Villaespesa*; *De la división del poder público* (1887); *En pro del casticismo* (1917); *Hacia la paz por la justicia* (1911).

Su meritoria labor ha sido reconocida por Manuel Toussaint a lo largo de sus cursos y por Justino Fernández en los tres volúmenes que constituyen una valoración del arte mexicano de todas las épocas: *Coatlicue. Estética del Arte Indígena Antiguo*; *El Retablo de los Reyes. Estética del Arte de la Nueva España*; *El hombre. Estética del Arte Moderno y Contemporáneo*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1959-1965.

Más datos acerca de este destacado historiador del arte en el volumen en el que reunió varios trabajos suyos. *Obras. Biografías (artistas)*, México, Imp. de V. Agüeros, Edit., 1908, IX-413 p. ils., (Biblioteca de Autores Mexicanos v. 60); en *Biblos. Boletín semana! de información bibliográfica...* tomo que encierra una pequeña biografía de Revilla.

Fuente: Manuel G. Revilla. *Obras del Lic. ... T. I. Biografías*. México, Imprenta de V. Agüeros, Editor, 1908. IX-413 p. (Biblioteca de Autores Mexicanos 60). p. 156-166.

LAS GALERIAS DE PINTURA DE SAN CARLOS

Cuando Echeverría entró a desempeñar la presidencia de la Junta Superior de Gobierno y la dirección de la Academia de San Carlos, no poseía ésta más obras de arte que las medallas del famoso grabador don Jerónimo Antonio Gil, con sus respectivos troqueles; la colección de vaciados en yeso que el escultor don Manuel Tolsá trajo consigo de España en 1791, y que el rey Carlos III había donado a la Academia, y unas cuantas pinturas antiguas que desde su fundación venía conservando

con estima el establecimiento. Y si bien aquellos vaciados (reproducciones en su mayor parte de las esculturas más notables del Museo Vaticano) y estas pinturas (debidas a insignes pintores antiguos italianos, españoles y flamencos), son obras de bastante valor artístico, era su número harto reducido para bastar a la necesidad de buenos modelos en una escuela de Bellas Artes. Ni por otra causa, en el memorable decreto de 2 de octubre de 1843, habíase dispuesto que fuese aumentada la colección de escultura y a la vez se formara una galería de pintura. A ésta, como a las demás disposiciones del consabido decreto, se apresuró a darles puntual cumplimiento Echeverría.

Se ha visto ya cómo hizo traer de Europa algunos lienzos de notables pintores italianos: el *Episodio de la toma de Jerusalem*, de Silvagni; *La Virtud y el Vicio*, de Podesti; y *Un Episodio del Diluvio*, de Cogheti; y ahora conviene decir que proyectó coleccionar en la Academia los mejores cuadros de los muchos que poseían los templos y los conventos de la capital de la República. A tal intento, en mayo de 1849, hizo que el ministerio de Justicia y Negocios Eclesiásticos dirigiese una circular a los prelados de las órdenes regulares, "para que de sus conventos se franqueras originales y copias de las mejores pinturas para el conservatorio de la Academia". La Junta, por esos mismos días, hubo de nombrar en comisión a don Pelegrín Clavé, a don Manuel Vilar y al consiliario don José María Durán, para el objeto de recibir los cuadros que se obtuviesen de los religiosos. No obstante los buenos deseos de Echeverría, tardó años para poderse realizar el proyecto, sobreviniendo, antes de que se llevase a cabo, el fallecimiento del insigne presidente de la Junta, por lo cual tocó en suerte a don Bernardo Couto (digno sucesor de Echeverría en la presidencia de la Junta), llevar a feliz término lo que su antecesor tan sólo en parte había realizado. Couto dotó, pues, a la Academia, de buenas colecciones de pintura, así como de excelentes modelos de escultura, de grabado en lámina, de medallas y de monedas, y a más, de Biblioteca y de amplios salones y galerías para todos aquellos objetos de arte.

Hallábase formada la primitiva colección de cuadros que poseyó la Academia, de la tabla de *Las Siete Virtudes*, cuya idea filosófica, maravillosa perfección de dibujo, selectas formas y tipos lombardos de las figuras, dieron motivo y fundamento para serle atribuido al gran Leonardo de Vinci; del *San Juan de Dios*, de Bartolomé de Murillo; del *San Isidro*, del Es-

pañoleto; del *San Juan Bautista bebiendo agua en una roca*, de Zurbarán; de *Santa Bárbara y Santa Catalina de Alejandría*, de Guido Reni; de *San Gregorio Magno y San Emigdio*, de Andrea Vacaro; de los retratos de los dos reyes fundadores de la Academia, Carlos III y Carlos IV, encargos estos dos que hizo la propia Academia recién fundada, al pintor español Maella; y del precioso tríptico de *La Creación y castigo de Adán y Eva*, procedente de la escuela de Miguel Angel.

Con ser grandemente valiosa esta pequeña colección de joyas de la pintura, era, con todo, insuficiente, para constituir un museo propiamente y tal como lo requiere una escuela de Bellas Artes. Convencido de ello don Bernardo Couto, durante los ocho años y meses que permaneció dirigiendo la Academia de San Carlos, hizo esfuerzos extraordinarios para formar su pequeño museo, y no cesó de enriquecerlo con inapreciables obras de arte, cuidando a la vez de hacer construir espaciosas y cómodas galerías donde colocar aquéllas digna y adecuadamente, dispuestas esas galerías a usanza de los museos de Europa; para todo lo cual don Bernardo consultaba y oía siempre el autorizado parecer de nuestro director de pintura, secundándole eficazmente en sus acertadas iniciativas concernientes al museo y a la Escuela.

Consecutivamente fue haciendo Couto por compras, donaciones o cambios, adquisiciones valiosas, y entre ellas son de mencionarse los cuadros: *Cristo azotado*, de Juan Bautista Martínez del Mazo; *La Sagrada Familia*, *La aparición del niño Jesús a San Antonio y San Francisco en éxtasis*, de la escuela de Murillo; *Doña Mariana de Austria vestida de duelo*, de Carreño de Miranda; *La Adoración de los Magos* de la escuela flamenca; *San Juan Bautista*, del famosísimo e insigne dibujante Juan Domingo Ingres; *Los Juegos olímpicos*, de Carlos Vernet; *El Maestro de escuela* y *El Avaro*, de la escuela piemontesa; *La Familia rústica*, de Richard; *Costumbres de la Lombardía*, de Frezini; cuatro grandes paisajes de Markó, dos de Landesio, una marina de Cordés, y *La Abadía de Wesminster* y *Santa María de Toscanella* de Brocca, etc. Aumentóse aún esta colección con algunas apreciables copias de Rafael, del Veronés y del Ticiano, encargadas expreso de Europa. Las adquisiciones de autores europeos hechas por Couto fueron, pues, excelentes y numerosas, en términos de no haberlas habido en ninguna otra época ni de mayor valía ni en más crecido número. Con estas pinturas y las ya existentes formóse una galería lucida y rica. Pudo asimismo instalarse otra sun-

tuosa, con los mejores ejemplares de los discípulos de Clavé, que la Junta dispuso comprárselos con el fin de estimularlos en su labor artística, y mediante los avalúos que hacía de ellos el maestro. Completada quedó esta galería con tres cuadros debidos al pincel del propio Clavé: la *Isabel de Portugal*, un magnífico retrato del poeta don Andrés Quintana Roo y una media figura alegórica de *La Primavera*, no concluida del todo, pero de singular atractivo.

Una idea felicísima y en gran manera plausible tuvo Couto, que juntamente demuestra lo entendido que era en arte, el interés con que veía la historia y el cariño que las dos cosas de su país le inspiraban. Esa idea fue la de formar en la Academia una galería de cuadros de los pintores que florecieron en México en los tres siglos del gobierno colonial. En la sesión que celebró la junta gubernativa el 6 de marzo de 1855 manifestó su docto y digno presidente "que estimaba por conveniente establecer una galería para la antigua escuela mexicana de pintura; a cuyo efecto se solicitaría del gobierno recomendación especial para obtener cuadros de los conventos, pagándolos si fuere necesario". La iniciativa de Couto tuvo la favorable acogida que era de esperarse en todos los miembros de la Junta, y lo autorizaron ampliamente para llevarla a cabo.

Ya en otra época, según queda dicho, habíase fijado la atención de Echeverría y de la Junta en los cuadros de los templos y conventos de la capital; mas ni parece que se llevara a la práctica la determinación de adquirir algunos de ellos, ni mucho menos había pensado nadie antes que Couto, en formar con especialidad galería alguna con obras de los pintores antiguos de la Nueva España. Couto, además de concebir tal proyecto, lo puso bien pronto en ejecución, no solamente recabando del gobierno recomendaciones para los superiores de las comunidades y corporaciones religiosas, sino visitándolos él mismo y tratanto muy particularmente con ellos sobre el negocio de los cuadros. La respetabilidad y personal prestigio de Couto, por una parte, y lo laudable y excelente de su proyecto por otra, hicieron que los prelados de las órdenes le franquearan las puertas de sus conventos e iglesias, consintiendo en que eligiese para la Academia y fuesen a ella trasladadas, cuantas pinturas encontró más de su agrado.

El presidente de la Junta, en compañía de Clavé, recorrió y con detenimiento inspeccionó conventos e iglesias; y con ojos de artista y saber de polígrafo y erudito, examinó y estudió los cuadros, eligiéndolos de conformidad con la pericial opinión

y dictamen del director de pintura, quien, no obstante lo modernizado de la escuela artística que profesaba, tan diversa de la de los siglos virreinales, supo apreciar sin estrecho exclusivismo, con amplio y elevado criterio, el mérito positivo de los pintores antiguos mexicanos, señalando puntualmente las cualidades que contienen sus obras e indicando aquellas que convenía llevar a la Academia.

La mayor parte de las comunidades cedieron generosamente los cuadros que les fueron pedidos, siendo las de San Francisco, Santo Domingo, San Diego y la Profesa, las que más se distinguieron por lo valioso de sus donaciones. La Academia correspondió a esta generosidad regalándoles, a su vez, copias de los mismos cuadros, ejecutadas por los discípulos de Clavé, con lo que se ejercitaban éstos en su arte y no quedaban privadas las comunidades de todas sus imágenes.

Por los años de 1857 y 1858 pasaron a los salones de la Escuela de Bellas Artes obras de tanta estima, como *La Visitación*, *La Porciúncula*, *La Oración del Huerto* y *La Adoración de los Reyes*, de Echave el viejo; *Los Desposorios místicos de Santa Catalina* y *San Ildefonso recibiendo la casulla*, de Luis Juárez; *Los Desposorios de la Virgen* y *Santo Tomás tocando el costado de Cristo*, de Sebastián de Arteaga; *El entierro de Cristo*, de Echave el mozo; los bocetos de los dos grandes lienzos que para la capilla de los Reyes de la Catedral ejecutó Juan Rodríguez Juárez; seis preciosas laminitas de Ibarra, con pasajes de la vida de la Virgen y *San Anselmo*, *San Bernardo* y *La Visión del Apocalipsis*, de Cabrera; etc.

Cuando más tarde el gobierno del presidente Juárez ordenó la exclaustración de los religiosos y éstos fueron privados de sus bienes, cuantas pinturas había en los conventos fueron trasladadas al de la Encarnación. De ese depósito de más de dos mil cuadros, dispuso don Ramón Isaac Alcaraz, empleado superior de la administración liberal, que el pintor don Santiago Rebull eligiese lo mejor para la Academia, a fin de salvar esos monumentos del arte nacional —de tal los calificó Alcaraz— de la destrucción o de la codicia de los especuladores que por centenares exportaban cuadros de pintores mexicanos haciéndolos pasar por europeos. Merced a tan acertada disposición fue como pudo continuarse lo comenzado por Couto. Rebull hizo llevar a la Academia, en un examen no muy escrupuloso por haberlo hecho de prisa, cuanto a primera vista pareció aceptable. Intervino entonces Clavé, y con más sosiego y conocimiento de causa hizo una nueva selección de cuadros,

designando para las galerías aquellos que más habían llamado su atención en el examen y estudio hechos en compañía de Couto. Restaurados aquellos que fue necesario, dióles a todos conveniente colocación en las galerías de la Academia. De este modo, la colección de pinturas mexicanas quedó avalorada con nuevas y excelentes muestras, como fueron entre otras: *La Asunción de la Virgen*, de Alonso Vázquez; *Santa Cecilia*, de Echave el viejo; un segundo y más valioso *San Ildefonso recibiendo la casulla de manos de la Virgen* y *La Oración del Huerto* de Luis Juárez; *La Adoración de los Reyes* y los grandes lienzos de *San Justo* y *San Pastor* y *San Alejo*, de José Juárez, y cuatro grandes tablas de las Mujeres del Evangelio, de Ibarra.